

## **DOMINGO VIII DE TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Eclesiástico 27, 4-7): *No elogies a nadie, antes de oírlo hablar.*

**Salmo** (91, 2-3.13-16): *«Es bueno darte gracias, Señor»*

**2ª lectura** (1ª Corintios 15, 54-58): *Manteneos firmes e incommovibles.*

**Evangelio** (Lucas 6, 39-45): *No hay árbol bueno que dé frutos malos.*

En el “*sermón del monte*” expone Jesús la perfección de la nueva ley del amor y señala algunas metas como distintivo de sus discípulos en contraposición a los que no lo son: *«¿no hacen eso también los paganos?»*. Del discípulo del Evangelio hay derecho a exigir algo más.

Lucas nos presenta ahora diversas enseñanzas, normas de perfección y conducta entre los miembros de las comunidades cristianas. Son llamadas de atención contra el orgullo, contra la dureza de juicio, contra todo lo que puede producir malestar interno y lesionar las buenas relaciones entre hermanos.

Se guía Jesús por una fina observación de lo que sucede a diario en la vida de la calle. Estas sencillas, “pequeñas” dosis de sabiduría invitan a una reflexión sincera sobre detalles que pueden modificar y enriquecer la vida cristiana. *«Pon en práctica lo que has comprendido del Evangelio. Aunque sea poco, pero ponlo en práctica»*, aconseja el Prior de Taizé.

Jesús quiso una vez saber las opiniones de la gente y se lo preguntó a sus discípulos: *«¿quién dice la gente que soy yo?»*. En esta ocasión sabe Él mismo lo que pasa por la calle porque lo ha recogido en observación directa: Un ciego se deja guiar por otro que ve. **¿Qué pasaría si un ciego guiara a otro ciego?** El que puede enseñar algo es porque lo ha aprendido. **¿Qué pretendería enseñar el que no sabe?** A Jesús le han impresionado las múltiples y sutiles formas por las que la vanidad y orgullo buscan tapar o disminuir los defectos propios exagerando los ajenos.

Una vez encontró la gráfica expresión de “*colar un mosquito y tragarse un camello*” para enseñar que hay que dar a cada cosa su valor. Aquí evoca sus recuerdos del taller de Nazaret y habla de motas y de vigas: de la escandalosa “*mota*” en el ojo ajeno y de la justificada “*viga*” en el propio. Verdaderamente, puede existir un cierto “*daltonismo espiritual*” y visiones desviadas de las cosas. Las enseñanzas se enmarcan dentro de la ley del amor aplicando la corrección fraterna.

Sabemos muy bien (por propia experiencia), lo molesto que resulta una pequeña mota, un pelo o una pestaña metida en un ojo. A veces no puede uno valerse porque nadie puede ver directamente su propio ojo. Si otro desde fuera te ayuda a sacarte la paja del ojo te presta un fácil pero gran servicio. Habla, por tanto, Jesús del servicio y ayuda mutua dentro de los miembros de la comunidad. Ayudar a sacar la paja significa el aviso o corrección fraterna para ayudar a corregir las debilidades, imperfecciones o errores del prójimo, dentro siempre de la delicadeza y sinceridad que debe inspirar el amor cristiano.

Con la imagen de la mota y la viga se nos previene contra la crítica injusta que condena. Criticar es apreciar las acciones en su valoración moral. Si en lugar de la perspectiva del amor se toma la perspectiva del orgullo, la crítica suele degenerar en depreciación y condena. Lo que debería curar abre heridas, lo que debería elevar humilla, no es ayuda sino homicidio moral.

Jesús pide la corrección fraterna como exigencia del amor, pero precisa los términos en que debe practicarse, no siendo nunca lícito elevarse uno sobre la humillación ajena. *«¡Hipócrita! Protesta Jesús. Sólo cuando quites la viga de tu ojo tendrás autoridad para exigir a tu hermano que quite la paja del suyo»*. La intransigencia lleva a ridículas aberraciones como ésta. Se trata de ayudar en la perfección, pero **¿según qué modelo?** El orgullo hace de sí mismo la norma de perfección: lo de arriba y abajo, a derecha y a izquierda se define por relación al centro del yo: lo que se asemeja es bueno, lo que se distancia es malo; si otros sobresalen no se debe a ser mejores sino a tener más suerte. Pero nadie puede considerarse a sí mismo como norma de perfección.

Los antiguos decían que “*el hombre es la medida de todo*”. Pero, por hombre se entendía la naturaleza humana verificada en los hombres como sujetos únicos de actos morales, de ninguna manera en cada hombre en particular. El hombre perfecto sólo se da en el Hombre-Dios. Él es la norma de perfección: lo que se le asemeja es bueno, lo que no se le parece no lo es. De la calidad de esa similitud son los de fuera los que mejor pueden juzgar porque son los que mejor ven, mientras que *«en las cosas propias no son los hombres generalmente buenos jueces por la pasión»* (san Ignacio). La regla de oro sigue siendo ésta: *«Tratad a los demás como queréis que ellos os traten»*.